

José Antonio Mínguez Morales,

in memoriam

Sin duda este es el texto más difícil con el que hemos tenido que enfrentarnos en nuestra vida. A pesar de que ya en otras ocasiones hicimos alguna breve reseña acerca de la trayectoria profesional de José Antonio Mínguez Morales, resulta terrible escribir sobre su vida en pretérito perfecto, de manera que la frialdad lingüística de este término nos resulta aún más dolorosa.

Sin embargo, aun cuando ya hace unos meses que nos dejó y aunque con el paso del tiempo seguimos sin encontrar consuelo, no queremos con estas líneas lamentar su pérdida sino sobre todo celebrar la inmensa fortuna que hemos tenido de haberle conocido y tratado durante muchos años y de saber, además, con total certeza, que nos contábamos entre sus amigos.

José Antonio Mínguez fue una persona extraordinaria en el sentido más literal del término, a pesar de que su infancia y su adolescencia no podían ser más típicas de la Zaragoza de los sesenta y los setenta. Buen estudiante, hubiera podido enfocarse en su carrera profesional hacia donde hubiera querido, pero eligió un camino complicado y tortuoso, aunque seguramente más apasionante que muchos otros: la historia y la arqueología. En la Facultad de Filosofía y Letras destacó como un alumno sobresaliente, gracias a lo cual consiguió ser becario de investigación y se doctoró con la máxima calificación, lo que le permitió después ejercer durante varios años como profesor del Departamento de Ciencias de la Antigüedad hasta que, hace dos décadas, ganó una plaza de titular en la Universidad de Valladolid, donde desarrolló la actividad docente y obtuvo la acreditación para aspirar a la cátedra universitaria.

Todo ello lo consiguió por méritos propios, superando siempre las dificultades, con su enorme inteligencia, sus cualidades humanas y su capacidad de trabajo.

Participó desde muy joven en campañas de excavación arqueológica en diferentes yacimientos, pero sobre todo se formó en la gran escuela que fueron los equipos del Museo de Zaragoza dirigidos por Miguel Beltrán en el contexto de las excavaciones de Celsa, con algunos de cuyos miembros conservó siempre una gran amistad. Allí fue donde aprendió los métodos y las técnicas de estudio de la cerámica romana que siguió utilizando, con terca fidelidad, toda su vida. Siempre hablaba de las campañas en Velilla de Ebro con especial cariño y, sin duda, fue allí donde también decidió dedicarse a investigar sobre la cerámica romana y en particular la de paredes finas, sobre la que se convirtió en uno de los mayores expertos de nuestro país.

Fue maestro de arqueólogos como profesor universitario y como director de campañas de excavación fundamentalmente en el yacimiento de La Cabañeta de El Burgo de Ebro, en cuyas investigaciones demostró durante años sus grandes cualidades profesionales y humanas.

Fue también un gran coleccionista, tanto de antigüedades y objetos curiosos recopilados y atesorados en sus numerosos viajes como, sobre todo, de amigos. Sus muchos y buenos amigos también los ganó por méritos propios, con dedicación, lealtad y cariño, como sabemos por experiencia. Los amigos se eligen y deciden, mutuamente, serlo. Nosotros lo decidimos hace muchos años y solo querríamos haber estado a su altura. La arqueología nos unió, pero pronto esta quedó en un segundo plano, dejando paso a la amistad como él la entendía, intensa, sincera y constante.

José Antonio ya no está entre nosotros, pero sigue y seguirá en nosotros mismos, como parte integrante de nuestras vidas; en las palabras y en las expresiones que nos inspiró; en lo que vivimos en su compañía y siempre recordaremos; en lo que aprendimos de él como amigo, como profesor o como



José Antonio Mínguez con Gordon (Comarruga, 20 de abril de 2019).

investigador. Su familia y sus amigos nos quedamos con una sensación de abandono, pero en nosotros permanece su recuerdo y aquí queda, para todos, su legado profesional en forma de las investigaciones, los libros y los artículos que publicó, en los que siempre prefirió, también aquí a contracorriente, primar la calidad a la cantidad.

José Antonio era un verdadero intelectual, culto, metódico y minucioso, como reflejan su minúscula letra minúscula y sus dibujos a lápiz, con calcos de papel de seda y mina de lapicero, de otro tiempo, de espaldas a la vorágine tecnológica de hoy en día. Era relajante y entretenido verle trabajar en su mesa de la facultad o en sus frecuentes visitas al Museo de Huesca, mientras comentaba la actualidad con su habitual sentido del humor y su ácida mirada.

Porque José Antonio era además una persona muy divertida, un gran narrador y un eficaz comunicador tanto en sus clases como en sus conferencias, pero igualmente en las conversaciones o charlas más cotidianas. Conocimos la Meseta y a los meseteños a partir de sus crónicas a tiempo real en sus trayectos Valladolid – Zaragoza o Zaragoza – Valladolid. Podía estar horas al teléfono con sus amigos, porque necesitaba el contacto frecuente con nosotros para hacernos partícipes de su vida, de sus alegrías y también de sus penas.

Era un trashumante, no un nómada, porque aunque pasaba tanto tiempo de viaje siempre tuvo claro que su hogar estaba en Zaragoza. Aquí en Aragón tuvo a sus seres queridos, su casa, su familia, y estábamos la mayoría de sus amigos, y es aquí también, en su tierra, donde centró sus investigaciones.

El idilio entre José Antonio Mínguez y Huesca estaba apenas en sus inicios. Sus visitas a la ciudad eran frecuentes, bien para revisar materiales de los fondos del museo, dar alguna conferencia o simple-

mente pasar un día en nuestra compañía. Tuvimos la suerte de que fuera él quien estudiara algunas de las producciones cerámicas de la Osca romana y la Wašqa andalusí, permitiéndonos avanzar en el conocimiento de la historia de la ciudad. Le gustaba mucho venir a visitarnos y a nosotros nos alegraba inmensamente que viniera. La última vez fue el 4 de mayo de 2019, un par de semanas antes de morir, para visitar la exposición sobre la ciudad de Labitolosa en cuyas primeras campañas de excavación participó y algunos de cuyos hallazgos materiales estudió. Ese día nos despedimos como siempre, sin saber que esa vez sería la última. Nos quedaba tanto por vivir y por hacer...; tantos proyectos sobre arqueología oscense que sin él, sin su sabiduría, su magisterio y su consejo, seguramente nunca llegarán a echar a andar y quedarán para siempre en el limbo de los libros no escritos. En eso la pérdida es de todos, no solo de quienes tuvimos la fortuna de conocerlo y de gozar de su amistad. Se ha ido uno de nosotros. La arqueología oscense y los que formamos parte de ella estamos de luto. Quienes además fuimos amigos suyos, por partida doble o triple.

Los antiguos, a cuyo estudio José Antonio y nosotros mismos hemos dedicado tanto tiempo y esfuerzo, tan solo aspiraban a ser recordados tras la muerte entre sus semejantes vivos. José Antonio ha obtenido ese mérito con creces.

Qui dolet interitum, mentem soletur amore. Tollere mors uitam potuit, post fata superstes fama uiget. Perit corpus, sed nomen in ore est [...] (CLE. 618).

José Ángel Asensio Esteban,
Director de la revista *Bolskan*

Julia Justes Floría,
Directora del Área de Arqueología del IEA

